82

SANGRE QUE MANCHA

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

VICENTE CAZORLA LAFUENTE

ARANJUEZ

Tipolitografía y Encuadernación del C. de María Cristina
PARA HUÉRFANOS DE LA INFANTERÍA
1891

Á LA SOCIEDAD LÍRICO-DRAMÁTICA

Larra

En un momento de entusiasmo y en alas del cariño que te profeso, reté á un distinguido escritor para que en el término de un mes, escribiésemos dos obras que te habian de ser dedicadas.

El reto fué aceptado y he aquí la mia.

Pero hoy que mi libro está terminado, hoy que en su primera hoja voy á estampar tu nombre, es cuando he considerado lo mucho que tu vales, lo poco que valen mis versos y los muchos lunares que una obra escrita en tan corto tiempo y con determinados pies forzados ha de tener necesariamente, y me limito al ofrecértela á plagiar á Plauto diciendo:

Nunc demun scio me fuise excordem.

Vicente Cazorla

PERSONAJES.

ENRIQUETA.—Hija de Don Justo.
DOÑA ESPERANZA..—Esposa de.....
D. JUSTO.—Banquero.
JULIAN....—Padre de.....
VICENTE..—Empleado en la casa de D. Justo.
MARIANO.—Escribiente de la casa de banca.

Derecha é izquierda la del actor.—La escena en Madrid en un hotel propiedad de Don Justo.—Época actual.

ACTO PRIMERO

Despacho de D. Justo, amueblado con severidad y elegancia Una mesa de despacho á la derecha y otra más modesta á la izquierda. A la derecha, primer término una ventana que dá al jardín de la casa. Puertas al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ESPERANZA Y DON JUSTO.

DON JUSTO aparece escribiendo en la mesa de la derecha y doña ESPERANZA se le aproxima poco á poco, quedando de pié y á su lado en el momento de comenzar el diálogo

ESP. —Deja tus ocupaciones
por brevísimos momentos,
que he de hablarte de un asunto
tan importante cual serio.

JUSTO —¡Que gravedad!

ESP. —Lo merece
cuanto á referirte vengo.

JUSTO —Empieza, pues, cuando gustes. (dejando de escribir

ESP. —Me causa gran sentimiento
tener que decir á un padre,
entre los padres modelo,
que Dios le ha dado una hija
que encierra dentro del pecho
las más groseras pasiones

é ingratitudes sin cuento.
Yo ya no puedo sufrir
los desaires, los desprecios,
con que Enriqueta responde
al amor que le profeso.
Anoche mismo, en el baile,
y ante cuatro amigos nuestros,
hízo que pasara un rato
que á nadie se le deseo.

JUSTO —Exajeras, Esperanza.

ESP. —¡Ah! no digas que exajero.
Estando próxima á mí
se le acercó don Prudencio
solicitando una polka,
y contestó en el momento: (marcando las palabras)
«Pregúntele á mi madrastra
si es que asiente, y bailaremos.»
Ahora, juzga la respuesta,
y tu dirás si exajero. (pausa breve)
¿Cuando tiene algún capricho,
por ventura se le niego?
¿No la trato con cariño?
¿No cumplo con sus deseos? (transición)
¿Pues porqué hacerme pasar
por tirana?

JUSTO —No comprendo
como haces caso, Esperanza,
de una niña, y mucho ménos
cuando todo el mundo sabe
las rarezas de su génio.

ESP. —¿Y sabe tambien el mundo
si sus acciones merezco?
¿No puede pensar acaso,
que yo le doy sufrimientos? (transición)
Esta vida es imposible;

Justo, esta vida no quiero. (pausa breve)
Ya tiene edad de casarse,
y pues que tienes dispuesto
su enlace con Federico,
que se casen al momento.

JUSTO —Su boda está convenida,
no falta nada, es muy cierto,
más aún no conoce al novio
y antes de casarla, creo
que es natural que conozca
al que debe ser su dueño. (transicion)
Hoy mismo, precisamente,
tuve carta de Prudencio
y dice que Federico
llegará en el tren correo,
Poco pues puede tardar
en ser el enlace un hecho.
Un mes..... para conocerse
les basta y les sobra tiempo.

ESP. —Si á Enriqueta no le agrada,
cosa que mucho me temo,
te dirá que no le quiere,
y entonces.....

JUSTO —Yo se lo ordeno.

ESP. —Rogará.....

JUSTO —Que ruegue mucho.

ESP. —Tu harás caso de su ruego.

JUSTO —Cuando yo mando una cosa
que repliquen no consiento.

ESP. —Quiera Dios que me equivoque.
¿Tienes que hacer?
(al ver que D. Justo vuelve á tomar la pluma)

JUSTO —Si

ESP. —Te dejo.
(Un mes ha dicho que falta;

¡oh! Enriqueta te detesto.)
(Váse D.ª Esperanza por la izquierda)

ESCENA II.

DON JUSTO.

JUSTO —Todos los dias lo mismo;
esta casa es un infierno
donde no puede encontrarse
ni descanso, ni sosiego.
¿Dónde vamos á parar
con este luchar eterno? (pausa breve)
Si se oye hablar á Esperanza
tiene razón, desde luego,
y si se escucha á Enriqueta
es la mártir sin ejemplo. (transición)
Mas yo acabaré con todo
que tengo á mano el remedio. (pensando)
Veinticinco años cumplidos.....
nada, nada, el casamiento:
para evitar los disgustos
mejor solución no tengo.
Ella se acerca; está bien;
mi sermon será soberbio.

ESCENA III.

DON JUSTO ENRIQUETA.
(izquierda, primer término)

ENRIQ. —Muy buenos dias papá.

JUSTO —Buenos dias. (con sequedad)
(Don Justo se levanta y cierra todas las puertas)
ENRIQ. —¿Estás sério?
(¡Cierra todo!.... ¿Que misterio
su conducta encerrará)
JUSTO —Enriqueta. (con gravedad)
ENRIQ. —¿Que me quieres? (sorprendida y humilde)
JUSTO —¡Que humildad! ¡Quien lo diría!
¡Ah! la torpe hipocresía
que atesoran las mujeres!
ENRIQ. --Papà permite que arguya.....
JUSTO —Con tu manera de obrar
me estas haciendo pensar
que no es mi sangre la tuya.
ENRIQ. —Y tal duda existiría.... (transición)
¡ah! respeta la virtud.....
JUSTO —Quien ama la ingratitud
no puede ser hija mia.
ENRIQ. —¿Ingrata yo? ¡Dios bendito!
¡oh! padre mio, repara.....
JUSTO —No me mientas, que en tu cara
deja su huella el delito,
ENRIQ. —Yo padre mio no sé.....
perdóname si he faltado.
JUSTO —Porqué anoche has olvidado
lo que tanto te encargué?
Dando un disgusto á tu padre
te has atrevido á faltar,
á quien has dado en negar
el dulce nombre de madre.
ENRIQ. —Ya tu enojo he comprendido.
Me reprendes sin razón;
no te ciegue la pasión
y óyeme, padre querido.
La que el lugar ocupó

de aquella que dióme el ser
me ha llegado á aborrecer
aunque tu creas que no.
Si hablo le doy un disgusto,
callando le doy tormento
y nada de cuanto intento
le parece bien, ni justo.
Si bailo por compromiso
sin licencia, no está bien;
pero le ofende tambien
el que le pida permiso.
Y asi en continuo luchar
observo el tiempo correr
sin poderla comprender
y sin poderla agradar.

JUSTO —No te admire el que me asombre
más si tal conducta existe.....

ENRIQ. —La diferencia consiste
tan solo, papá en un nombre.
Yo no la quiero llamar
madre mía... y eso es todo. (transición)
Yo pienso papá á mi modo
y no se le puedo dar.

JUSTO —Yo te ordeno que le des;
presta obediencia á tu padre.

ENRIQ. —¿Como he de llamarla madre
si ella mi madre no es?
¿Yo en su seno me mecí?
¿Me dió su sangre querida?
¿Puso en peligro su vida
para darme vida á mí?
¿Sufrió cruentos dolores?
¿Me abrazó con embeleso?
¿Dejó en mi frente ese beso,
del amor de los amores?

No, padre mio, no tal;
Ella me querrá, sin duda,
pero á su afecto no escuda
el interés maternal.

JUSTO —¡Enriqueta! (amenazador)

ENRIQ. —Por favor. (suplicante)
¿Quieres que le quiera? Bien
¿Que sea esclava? Tambien.
¡Que no haré yo por tu amor!
Cuanto á su capricho cuadre
yo lo haré, sin duda alguna:
pero madre..... no hay más que una
y ella papá no es mi madre.

JUSTO —Basta ya. Vete de aquí (con marcada turbación)

ENRIQ. —¡Padre mio!

JUSTO —Aléjate.
(Con sus palabras no sé
lo que en el alma sentí.)

ENRIQ. —Perdona si no hago bien.....

JUSTO —Nada, no quiero escuchar.
(Enriqueta se va llorando por la izquierda.)
Si sigue hablando, llorar
creo á mí me hace tambien.

ESCENA IV.

DON JUSTO.

JUSTO —Es preciso el casamiento:
otro recurso no queda,
si he de evitar los disgustos
y las continuas contiendas,
con que mi vida acibaran

Esperanza y Enriqueta.
¿De que me sirve ser rico?
¿De que valen mis riquezas?
Envidio al pobre, que alcanza
màs venturosa existencia.

ESCENA V.

DON JUSTO Y VICENTE. (por el fondo)

——

VICENTE —Muy buenos días, D. Justo.
JUSTO —¡Hola! ¿No ha habido pereza?
VICENTE —Mi gratitud y el deber
harían, aunque la hubiera,
que allí donde debo estar
nadie tachase mi ausencia.
(Vicente se sienta en la mesa de la izquierda)
JUSTO —Se que cumples como bueno
pues vives de aquí una legua,
y anoche dejaste el baile
despues de las tres y media.
Y apropósito querido,
¿te divertiste en la fiesta?
VICENTE —Si señor. (con indiferencia)
JUSTO —¡Ah! me parece
que la verdad no contestas.
VICENTE —Tiene usted razon don Justo
no me expresé con franqueza.
JUSTO —Es decir, que aquí, en mi casa,
te aburres?
VICENTE —Nunca tal crea
que en esta casa yo estoy
cual en ninguna estuviera.

JUSTO —No acierto á esplicarme entonces
que en ella no te diviertas.
VICENTE —En su casa me honro mucho...
JUSTO —¿Pero no estas bien en ella?
VICENTE —¡Ah! don Justo; usted supone.....
JUSTO —Que no te agradan las fiestas (interrumpiendole)
que en obsequio á mis amigos
celebro aquí, ó que pudiera
el estar á nuestro lado
causarte gran violencia.
VICENTE —¿Y tal supone, don Justo
¿Pero es posible que crea
que no estoy bien á su lado?
¿Y así de Vicente piensa?
JUSTO —De otro modo no lo esplico.
VICENTE —¿Quiere usted saberlo?... Sea (con resolución)
Cuando salgo de mi casa
para asistir á sus fiestas,
y pienso que sus bondades
me hacen salir de mi esfera
elevándome á una altura
á mi humildad tan opuesta,
cruzo las plazas y calles
orgulloso, cual si fuera
de toda la villa y corte
señor de vida y haciendas.
Empujo al que va delante,
desprecio al que atrás se queda,
y me parecen pigmeos
cuantos encuentro en la acera.
Llego aquí, y en la antesala
grita con voz, grave y hueca
el portero engalanado
con su lujosa librea
«Vicente Alonso y Arango

en este momento llega.»
—¿Quien es ese?—se preguntan
los que en la sala se encuentran.
—Un escribiente—responden,
otros dicen—un cualquiera—
los unos me compadecen
y los otros me desprecian.
Y es justo; mi atrevimiento
merece tal recompensa.
¿Quien soy yo para llegar
hasta el oro y la nobleza?
Asi se pasa la noche
por fin termina la fiesta,
y poco á poco me vuelvo
hasta mi humilde vivienda. (transición)
Más ya no soy orgulloso;
ya no soy aquel atleta
que empuja al que vá delante,
que desprecia al que atras queda,
ni me parecen pigmeos
los que encuentro por la acera.
Ya han muerto mis ilusiones,
¡ah si! don Justo, van muertas.
Vine feliz y orgulloso,
vuelvo humilde á mi pobreza,
llevando, en el corazón
del desengaño la pena,
en el alma los desprecios,
y en la cara la vergüenza.

JUSTO —Pero muchacho... ¿que dices?
¡Tu has perdido la cabeza!
¿Quién en mi casa te ofende,
ni quien aquí te desprecia? (transición)
Cuantos vienen á mi casa
saben ya por experiencia

que en mis salones no admito
al que admitir no debiera;
y pues que yo, aquí te acepto,
no habrá nadie que se atreva
á dudar, que eres muy digno
de mi afecto y deferencia.

VICENTE —¡Ah! don Justo, en este asunto
cuan equivocado piensa!

JUSTO —En este mundo, Vicente,
hay dos clases de nobleza;
unos la alcanzan por sí,
los otros, porque la heredan,
y en tu manera de obrar
la mejor nobleza encierras.

VICENTE —La sociedad ya no admite
semejante diferencia.
Hoy es noble, el que posee,
el que atesora riquezas,
el que asombra por sus trenes,
el que asombra por sus fiestas.
¿De que sirve recibir
un gran título en herencia,
si para darle explendor
un tesoro no se hereda? (transición)
Mas le molesto, don Justo,
dejando correr mi lengua
que vierte mis pensamientos
quizás con torpe imprudencia.
Perdone usted, mi osadía
y perdone mi franqueza.

JUSTO —Que perdonar nada tengo;
tus sentimientos expresas,
y el que dice la verdad
nunca miente....

VICENTE —Pero peca.

JUSTO —No creía que abrigabas
tan especiales ideas. (transición)
Como hoy has dormido poco
desvaría tu cabeza.

VICENTE —Es verdad; soy un demente.

JUSTO —Y un demente á la moderna. (pausa y transición)
Vaya, te dejo ocupado
en terminar esas cuentas.
Ya no tardará González; (consultando el reloj)
en el momento que venga
que vaya á casa de Enriquez
á presentar estas letras.

VICENTE —Está bien.

JUSTO —Y sobre todo (con risa sarcástica)
desterrar esas ideas.
(Vase D. Justo por la derecha).

ESCENA VI.

VICENTE.

VICENTE —Se rie... ¡quien lo diría!
Se rie de mi franqueza;
¡ah! cometí la torpeza
de decir lo que sentía. (pausa)
Solo á mi ambición oí
y la consecuencia togo.
¿Quien eras tu, pobre loco,
para llegar hasta allí?
Más ya que diste al olvido
de tu cuna la humildad,
¿por qué dices la verdad
de lo que te ha parecido?

De tu quimera ahora ves,
la respuesta que has hallado; (con ira)
primero te han despreciado,
y se te burlan despues.
Señorita....

(Viendo á Enriqueta que viene á escena por la izquierda primer termino).

ESCENA VII.

VICENTE Y ENRIQUETA.

ENRIQ. —¿Y mi papá?
VICENTE —Hace un momento ha salido
y enseguida volverá.

(Mientras Vicente dice los siguientes versos Enriqueta se dirije al balcón).

(¡Que hermosa, que hermosa está! (transición)
¿Y aun no te has arrepentido?
No ha mucho que recibiste
triste y amarga lección
y ya al olvido la diste.
¿Por que Dios mio aquì existe
encerrado un corazón?)
ENRIQ. —Hermoso díá ¿Verdad?
VICENTE —Muy hermoso.
ENRIQ. —¡Como encanta,
un sol tan bello! (transición) Callad.
¡Que bien que canta! Escuchad;
es un ruiseñor que canta.
Cuando empezó á amanecer
me despertó su canción.
VICENTE —El mismo pudiera ser.
ENRIQ. —Su nido debe tener
debajo de este balcón. (pausa)

¿Que expresarán sus acentos?

VICENTE —Pues el loco desvarío
de encontrados sentimientos,
alegrias y tormentos
quiza un amor.....

ENRIQ. —¡Oh Dios mio! (con terror)

VICENTE —¡Señoríta! (corriendo á su lado)

ENRIQ. —Se le lleva;
me quedé sin pajarillo.
mirad, mirad, cual se eleva, (señalando al espacio)
y él á desasirse prueba...
¡Pobrecillo!... ¡pobrecillo!
Cuando más contento estaba
vino el águila cruel...

VICENTE —Quizá á la vida cantaba
sin sospechar que se hallaba
tan cerca la muerte de él.

ENRIQ. —Y con su inícua victoria
ufana el águila irá...
¿llora usted?

VICENTE —Á mi memoria
este hecho trae una historia
que había olvidado ya.

ENRIQ. —¿Historia? (con curiosidad)

VICENTE —Muy parecida.

ENRIQ. —¿Intima?

VICENTE —Del corazón.

ENRIQ. —¿Me puede ser conocida?

VICENTE —¡Habrá tantas en la vida!....
Se trata de una ilusión.
Con la loca fantasía
que quiso darme Natura,
forma le dí cierto día
á una idea, que nacía
en un rato de locura;

En mis sueños la forjé,
y en mis sueños la meci,
y tanto la acaricié
que aun despues que desperté
junto á mi lado la ví.
Me figuraba ser dueño
de toda la humanidad,
y fomentando mi sueño,
juzgué este mundo pequeño,
para tanta magestad. (transición)
Despues de pensar despacio
en mi poder, señorita,
elejí para palacio
la inmensidad del espacio
donde lo eterno se agita.
Poder, fortuna, nobleza,
valor, talento, belleza,
cuanto existía en lo humano,
al alcance de mi mano
colocaba mi grandeza.
Y así mi hermosa visión.
fué acreciendo por mi daño,
cautivando al corazón; (transición)
pero... llegó el desengaño
y arrebató mi ilusión. (pausa)
¡Horrible fué el desencanto!
Perdí con mi fé la calma,
y de mis ojos el llanto
formó un torrente, entre tanto
que iba á verter en el alma. (transición)
Y ahora diga si me engaño;
si en este mundo traidor
no existe por nuestro daño,
un águila, desengaño,
y una ilusión ruiseñor.

ENRIQ. —Tiene usted razón, Vicente.
¡Cuantas, cuantas ilusiones
abriga el hombre demente,
que arastran en su corriente
las mundanas decepciones! (transición)
Más aun es bella la vida,
que en el mundano concierto
por cada ilusión perdida
nace otra nueva enseguida
que hace olvidar la que ha muerto.

VICENTE —¡Nunca pude suponer (con gran sorpresa)
que el mundo, tan á conciencia
le pudiese comprender!

ENRIQ. —¿Porqué he nacido mujer?

VICENTE —Porqué nació en la opulencia. (transición)
¿Quien nació en tan rica cuna,
que pedirá á la fortuna,
que cosa que no consiga?

ENRIQ. —¿Quiere que á cientos las diga?

VICENTE —Me basta sólo con una.

ENRIQ. —Pues diga usted si podría,
ya que loca lo anhelé,
transportar la madre mía
al mundo donde existía
desde el cielo á donde fué.

VICENTE —He quedado convencido;
tiene usted mucha razón.

ENRIQ. —Ilusiones he tenido
que una tras otra he perdido
no obstante mi posición. (transición)
Si usted un día desea
ese oro, que vale tanto,
destierre usted tal idea
que quizás el oro sea
causa despues de su llanto.

VICENTE —Nunca su efecto sentí;
pobre muy pobre nací,
é ignoro si causa duelo,
más con locura le anhelo... (transicion)
no crea usted que es por mí.

ENRIQ. —He podido comprender
que existe alguna esperanza.

VICENTE (interrumpiéndola) Esperanza que á mi ver
Con oro sólo se alcanza.

ENRIQ. —¿ Y es sin duda, una mujer?

VICENTE. —Porque negarlo. Es verdad.

ENRIQ. —¿Ama usted

VICENTE —Con frenesí
Toda mi felicidad
la cifro en esa beldad
que llevo grabada aquí. (señalando al corazón)

ENRIQ. —¿ Es, pues, hermosa?

VICENTE —Hechicera.

ENRIQ. —¿Y digna?

VICENTE —De amor tan loco,
que si cien vidas tuviera
le habria dado muy poco
cuando las ciento le diera.

ENRIQ. —Habla usted con tal calor
de la ninfa de su ensueño,
que no ví afecto mayor.

VICENTE —Comparado con mi amor,
el infinito es pequeño. (con creciente exaltación).
Ni el Etna cuando vomita
fuego y lava sin segundo,
ni el espacio en que gravita
este mundo que se agita
entre tanto mundo y mundo,
fuego y grandeza no espero
puedan tener, que me cuadre

comparar mi amor sincero;
tanto como yo la quiero
no la ha querido su madre.

ENRIQ. —Nunca en verdad como ahora
hirió certero el Dios niño. (transición)
¿y ella á usted tambien adora?

VICENTE —Ella señorita, ignora
que existe en mi tal cariño.

ENRIQ. —¡No vuelvo de mi sorpresa!
¿Y quiere afecto le cobre
á quien su amor no le expresa?
Confesarlo le interesa.

VICENTE —Es que ella es rica y yo pobre.

ENRIQ. —Eso no es una razón.

VICENTE —Señorita, de gran peso;
ignorando mi pasión
puede vivir mi ilusión
pero no si la confieso.

ENRIQ. —Pues obra usted, en su daño.
Con su silencio ¿que alcanza?

VICENTE —Dos cosas, si no me engaño.
Evitar un desengaño
y el que viva mi esperanza. (transición)
Suponed que yo doliente
me arrojo á sus pies demente
confesando que la quiero,
con ese acento sincero
del que dice lo que siente;
¿que puede pensar de mí
y de mí loca pasión?
Que si á tanto me atreví
fué solo por que sentí
de su dote la ambición.

ENRIQ. —¿Y á esa querida deidad
no probará su lenguaje

su amor y sinceridad?

VICENTE —Aun queda la sociedad
con sus dudas y su ultraje.
Ella podrá no dudarlo,
me hará justicia, quizás;
más precisa confesarlo
si ella no puede pensarlo
lo pensarán los demás

ENRIQ. —Que piense del mismo modo,
no encuentra usted otro hombre.
¿Así que consigue?

VICENTE —Todo;
que no salpiquen de lodo
mi honra, mi amor y mi nombre.

ENRIQ. —(¡Oh! que hermoso corazón.
No le debo hacer penar;
acabe tal situación... (transición)
más no; le quiero arrancar
primero su confesión)
Si yo de usted exigiese
un favor ¿le otorgaría?

VICENTE —¿Y duda que tal hiciese?

ENRIQ. —Fuera el favor el que fuese...

VICENTE (Interrumpiéndole) —Con alma y vida lo haría.

ENRIQ. —Présteme usted su atención.
Con interès he escuchado
su amorosa relación,
y por su loca pasión
mi afecto se ha interesado.
De mi padre la fortuna
como mágico resorte
puede hacer, sin duda alguna,
que las puertas de la corte
se me abran una por una;
y con tal facilidad

puedo encontrar cuando quiera
á esa adorada beldad,
que con tanta intensidad
nadie cual usted quisiera.

VICENTE —¡Señorita!.... (con intranquilidad)

ENRIQ. —Oid atento
que el favor está otorgado,
y por vos es cuanto intento. (transición)
En cuanto llegue el momento
de verme junto á su lado,
yo le hablaré del amor
que por ella siente un hombre,
de su fuego abrasador..... (transición)
y ya he llegado al favor.

VICENTE —¿Quiere usted saber?.... (con ansiedad)

ENRIQ. —Su nombre.

VICENTE —Imposible. (con resolución)

ENRIQ. (con sorpresa) —¡Ah! que oí?
¿Pero es verdad lo que escucho?
Me le niega usted así?

VICENTE —Tenga usted piedad de mí, (con lágrimas en los ojos)
no ve usted que sufro mucho.

ENRIQ. —Comprendo su situación (con finjido enojo)
y su silencio respeto.
Con la mejor intención
supuse mi discreción
ser digna de su secreto.

VICENTE —¡Señorita!... (suplicante)

ENRIQ. —Basta ya.
No quiero ser indiscreta.

VICENTE —¿Y así de mí dudará? (transición)
Pues bien, á saberlo vá;
ella se llama... Enriqueta.

ENRIQ. —¿Vive? (con manifiesta alegría por la confesión de Vicente)

VICENTE —Señorita, ved

el llanto por mis mejillas;
no más... no más, por merced;
si es que lo desea usted
lo pediré de rodillas. (postrándose á sus pies)

ENRIQ. —Levante usted. Si alguien viene
sospechará de los dos... (transición)
además, que no conviene
la postura que se tiene
solo delante de Dios.

VICENTE —Perdón si le causo agravios;
perdón si le causa enojos.

ENRIQ. —(Y luego se juzgan sabios....
¡Que importa callen sus labios
si están hablando sus ojos!)

VICENTE —Usted me habrá perdonado:
yo soy un ser especial....

ENRIQ. —Todo lo dejo olvidado (con fingida incomodidad)
menos el que haya juzgado
á dos mujeres tan mal.

VICENTE —Ya no puede el corazón
sufrir sus enojos. Ved,
que vive con mi ilusión.

(Enriqueta tras una ligera inclinación de cabeza se dirije á la puerta de la izquierda, primer término, desde donde oye las últimas frases de Vicente y desde donde dice los últimos versos de esta escena).

¡Ah! Señorita. . ¡Perdón!
esa mujer es usted.

ENRIQ. —Ha tiempo que conocí
que ese cariño profundo
solo yo le merecí.
Usted es digno de mí,
hágase digno del mundo. (váse izquierda)

ESCENA VIII.

VICENTE.

VICENTE —¡Digno de ella!... Lo he oido...
No, no me engaño... estoy cierto.
¡Oh! á esplicarme no acierto
como no pierdo el sentido.
Y ella, mi Enriqueta ha sido,
la dueña de mi pasión,
la que adora el corazon,
ella misma, no me engaño.
¡El águila desengaño
hoy respeta mi ilusión! (pausa)
¿Con que al fin puedo esperar?
¿Con que hoy mi esperanza toco?
¡Como no me he vuelto loco
sus frases al escuchar!
Más ahora, debo luchar... (transición)
¡Ah! pues bien, yo lucharé;
digno del mundo me haré...
¡oh! mi cerebro se exalta...
(con energía) ¿Nombre y fortuna me falta?
Nombre y fortuna tendré.

ESCENA IX.

VICENTE Y MARIANO. (por el fondo)

MARIANO —Chico, chico, me he dormido;

como fuí tan tarde á casa... (transición)
¿Ha notado, por ventura,
el principal mi tardanza?

VICENTE —Aquí estuvo, hace un momento,
pero no me dijo nada.

MARIANO —Oye Vicente ¿qué tienes? (mirándole con insistencia)
Tu cara no es una cara...
si pareces un difunto.
dí ¿qué tienes? ¿qué te pasa?

VICENTE —Será tal vez el cansancio, (con indiferencia)
que con los bailes se alcanza.

MARIANO —Acostándose tan tarde
no sientan las madrugadas.

VICENTE —Como he dormido muy poco...

MARIANO —Claro lo dicen tus trazas. (transición)
Yo tambien al acostarme
el sueño no conciliaba. (con misterio y sentimiento
Presencié anoche una escena
de esas que llegan al alma.

VICENTE —¡Una escena! (con sorpresa)

MARIANO —Y harto triste.

VICENTE —¿Donde?

MARIANO —Pués en esta casa.

VICENTE —¿Entre quien?

MARIANO —Entre una mártir
y una cobarde madrastra.

VICENTE —La señorita Enriqueta...

MARIANO —Y la otra Doña Esperanza.

VICENTE —Prosigue. (con curiosidad)

MARIANO —Que ¿te interesa?

VICENTE —Por curiosidad, acaba.

MARIANO —Anoche dejé el salón,
huyendo de la algazara
y del calor sofocante
que se sentía en la estancia,

y mis pasos dirijí
hasta el jardin de la casa
Fumando tranquilamente
en este sitio me hallaba;
cuando el rumor escuché
de violentas palabras
que poco á poco distintas
hasta mi oido llegaban. (con marcada indignación)
No puedes imaginarte
que insultos y que amenazas
para la pobre Enriqueta
tenía Doña Esperanza.
Más sino fuera bastante
de insultos tal avalancha,
levantó por fin la mano,
y le dió una bofetada.

VICENTE —¡Dios mio!

MARIANO —Infame grité
con indignación y rabia,
y á saltar me disponía
hasta el cuarto donde estaban,
cuando tranquila, impasible,
se alejó Doña Esperanza,
allí dejando á Enriqueta
entre un torrente de lágrimas.

VICENTE —(A ella la dió en la mejilla
y á mí me ha dado en el alma)

MARIANO —Es, Vicente, esa mujer
un verdugo sin entrañas.

VICENTE —(Yo te vengaré Enriqueta)

MARIANO —Pero estoy charla que charla
y aun no he tomado la pluma.
(disponiéndose á escribir)

VICENTE —¡Ah! Mariano; me olvidaba
decirte que el principal

dijo, que cuando llegáras
estas letras, para Enriquez,
tenías que presentarlas.

MARIANO —Pués me alegro, por que así
no notará mi tardanza,
ni podrá decirme luego
que no he trabajado nada.

(váse por el fondo después de tomar las letras de encima de la mesa)

ESCENA X.

VICENTE.

VICENTE —¿Con que en dura esclavitud
vive mártir y ultrajada
la flor más pura y preciada
del jardin de la virtud?
¿Y tan torpe iniquidad
sufre Don Justo con calma?
¡Oh! Enriqueta de mi alma,
yo te daré libertad.
Todo lo puede mi amor,
y aunque impotente me crea
he de conseguir que sea
el esclavo, dictador.
Humilde, pobre nací,
más me eleva amor profundo.
¡Si antes temblaba ante el mundo
yo haré que tiemble ante mí!

Telón rápido.

ACTO SEGUNDO

Jardin en el hotel de Don Justo A la izquierda fachada del mismo. Bancos de piedra, jarrones, fuentes, estátuas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

VICENTE DESPUES MARIANO.

VICENTE aparece sentado en un banco de la derecha y sumido en profunda meditación.

VICENTE —El tiempo corre lijero;
el momento ya se acerca
y ante la muerte se espanta
quien á la vida desprecia. (pausa)
Todo por tí, vida mía,
todo por tí, mi Enriqueta,
que me hiciste ver un cielo
donde solo existen penas.

MARIANO (por el fondo y muy sofocado).
—Ya terminó la entrevista
y todo arreglado queda.

VICENTE —¿Qué arma eligió?

MARIANO —La pistola.

VICENTE —¿Sitio y hora? (con impaciencia)

MARIANO —Calma, espera;
déjame tomar aliento.

Tanto he corrido, que apenas
puedo respirar.

VICENTE —Mariano
no te extrañe mi impaciencia.

MARIANO —Después de estar discutiendo
más de dos horas y media
sobre si tal ó cual sitio
más apropósito era,
un padrino del Vizconde
indicó la conveniencia
de huir de los sitios públicos,
pues la villa y corte entera
ya se enteró de este lance
que á su capricho comenta.
«Yo tengo—añadió—el encargo
de una señora Marquesa,
de arrendar cierto hotelito
que no muy lejos se encuentra,
y en sitio que ni pintado
para arreglar esta cuenta.
Tiene un jardin espacioso
con una gran plazoleta,
y el portero, único ser
que vive en la casa aquella,
es hombre que me merece
la confianza más ciega.
Yo, señores, se le ofrezco
y ustedes dirán si aceptan.»
Así dijo, y enseguida
fué aceptada tal idea.
Ahora diré que el hotel
en esta calle se encuentra;
el número dos; ya sabes
el primero á la derecha.

VICENTE —¿La hora que habeis designado?...

MARIANO —En punto á las tres y media
VICENTE —Amigo Mariano, gracias
y perdón por las molestias
MARIANO —Cumplo cual cumple un amigo
que sabes quiere de veras.
Ahora tan solo deseo
que saques la piel ilesa.
VICENTE —¡Ah! Mariano, te soy franco,
el decirlo me avergüenza,
mas... tengo miedo.
MARIANO —¿Tu miedo?
desvaría tu cabeza.
VICENTE —Tengo miedo y no por mí;
le tengo por Enriqueta.
Si yo sucumbo en el duelo,
si Dios dispone que muera,
en brazos de ese Vizconde
quizás Mariano ella tenga
que ir á tomar todo el lodo
que no la echó con su lengua.
Esta idea me persigue,
y esta idea me atormenta. (transición)
Además, yo ya no soy
hombre honrado; mi conciencia
el crimen que he cometido
á cada paso recuerda.
MARIANO —¿Donde no existe mi falta
ves un crimen? ¡que simpleza!
VICENTE —¿Y no es un crimen robar?
MARIANO —Segun ese robo sea.
Necesitabas dinero
para acabar una empresa
y tomaste un anticipo
que en reintegrar solo piensas.
VICENTE —En vano busco razones

para acallar mi conciencia
pués su voz justa me grita
y acción tan baja recuerda.

MARIANO —Yo mismo te aconsejé
y el consejo no me pesa.
Tu fin es justo y es noble,
noble cual justa tu empresa
y aun la acción que te reprochas
tiene también su nobleza.
Olvida, pues, ese asunto,
olvidá ya tu quimera
y en ese duelo pendiente
y en su triunfo solo piensa. (transición)
Ahora te dejo.

VICENTE —¿Te vás?

MARIANO —Voy á casa de Poveda
á recojer las pistolas
que para el duelo nos deja.
El tiempo corre lijero
el momento ya se acerca
y no debemos faltar.

VICENTE —Vuelve, pues, á la carrera.

MARIANO —Animo, chico, que el triunfo
ha de estar de parte nuestra. (vase por el fondo)

ESCENA II.

VICENTE

VICENTE —Hoy tengo miedo; morir
puedo tal vez. (transición) ¿Más que importa?
Donde la dicha es tan corta

es un tormento vivir.
¿Qué es la muerte? Aquel placer
que Dios al hombre dispensa
como justa recompensa
á un contínuo padecer.
Dicha grande, apetecida,
donde se acaban las penas
al romperse las cadenas
con que esclaviza la vida.
Trocar en hermoso eden
un inmundo lodazal;
dejar el reino del mal
para ir al reino del bien. (transición)
Pero yo vivir ansío;
esta es mi ilusión querida. (pausa)
¡Si tal adoro en la vida
solo es por ella, Dios mio!
Por quien supo tal pasión
en mi pecho hacer brotar,
por quien supo hacer trocar
un hombre honrado en ladrón. (transición)
Y no habrá quien me convenza
de que obré como hombre honrado. (transición)
¡Si supieran que he robado!.....
¡Qué vergüenza!..... ¡Qué vergüenza!!!
Yo estoy loco..... desvarío.....
la fiebre abrasa mi mente.....
¡Aquí mi padre!

(por Julian que aparece por el fondo y que corre á abrazarle lleno de angustia)

ESCENA III

VICENTE Y JULIAN

JULIAN —¡Vicente!
VICENTE ¡Padre del alma!
JULIAN —¡Hijo mio!
No me engañaron; ¡ah! no.
No era un quimérico ensueño.....
VICENTE —¡Padre! ¡padre!
JULIAN —Ya no sueño;
no hijo mio, estoy despierto.
VICENTE —¿Y que le han dicho? ¿Qué sabe?
(con intranquilidad)
JULIAN —Que tienes un duelo.
VICENTE —¿Yo? (ocultando su turbación)
JULIAN —¡Ah! no me digas que no,
ya la duda no me cabe.
VICENTE —(Negarle no debo nada)
JULIAN —¿Es cierto?
VICENTE —Sí.
JULIAN —Tu no irás.
VICENTE —¡Oh! padre mio; jamás.
Mi palabra está empeñada.
JULIAN —Y que ha de importarte á tí
tu palabra ni ese duelo,
ante el cruel desconsuelo
que puede legarme á mí?
Piensa hijo mío con calma
en mi ilusión más querida,
y en que si pierdes la vida
á mi me quitan el alma.
VICENTE —Sólo complacerle ansio,

más hoy.... ¡ah! no; temerario
la cara de mi adversario.
hube de cruzar

JULIAN —¡Dios mío!

VICENTE —De su deshonor por mengua
á una mujer calumnió,
y mi mano le cruzó
por no arrancarle la lengua.

JULIAN —¡Ah! que has hecho desgraciado!

VICENTE —Pues cumplir con mi deber.
Faltaban á una mujer.
delante de un hombre honrado.
¿Pude consentir que el lodo
cayese sobre su frente?

JULIAN —¿Y quien es ella, Vicente?

VICENTE —Voy acontarselo todo. (breve pausa)
Por suerte ó desgracia mía.
se le antojó á mi destino,
colocar en mi camino
á una mujer cierto día.
Un angel por su hermosura
y sus virtudes sin cuento.... (con entusiasmo)
Con sólo verla un momento
se le amaba con locura. (transición)
Yo loco me enamoré
cual nadie puede pensar,
y mientras pude ocultar
mi loco amor oculté.
Lo oculté, sí, por respeto.
á aquella ninfa querida,
y hubiera dado la vida
mejor que dar mi secreto,
tanto, que un día en que quiso
de mi amor saber el nombre,
despues que al dudar del hombre

le puso en un compromiso
luchando con mi pasión,
con el llanto en las mejillas,
le supliqué de rodillas
que tuviese compasión.

JULIAN —Que un enamorado obre
cual tu obraste, no se esplica.

VICENTE —Ella era rica, muy rica,
y yo era pobre, muy pobre.

JULIAN —Ahora ya me lo espliqué;
es digno de tu hidalguía.

VICENTE —La lucha en tanto seguía.
y mientras pude luché.
Más ni el llanto de mis ojos
pudo su alma impresionar
y tuve que confesar
para evitar sus enojos. (pausa
Después de haber escuchado
que ella mi amor inspiraba,
y cuando sólo esperaba,
ver mi cariño ultrajado
por un desprecio profundo,
llegó esta frase hasta aquí: (señalando al corazon
«Usted es digno de mí,
hágase digno del mundo » (pausa)
¡Oh! cuanto puede gozar:
creí perder la razón: (transición)
hasta el pobre corazón
se me queria escapar. (pausa breve y transición)
Vino la calma y el hombre
al amante sucedió,
que desde entonces pensó
en la fortuna y el nombre;
y en la estrecha y firme trama
del cariño y la ambición.

halló el nombre mi ilusión,
con la fortuna, en un drama.
Sacar la verdad á flote
y mostrar la hipocresía
cual necia pedantería
supo mostrar *D. Quijote*,
fué mi empeño decidido
y con afán proseguí
sin que pensara ¡ay de mí!
que podía ser vencido.
En mi empresa temeraria
fué vagando en derredor
del palacio del Señor
y de la choza del pária,
buscando el cáncer social,
que tanto crimen asuma,
para allí mojar mi pluma
y copiar del natural.
El crimen y la virtud,
la mentira y la verdad,
la anhelada libertad
y la torpe esclavitud;
la inocencia y la malicia,
la deshonra y el honor,
el odio con el amor.
lo injusto con la justicia,
de este mundo en el recinto
con loco empeño busqué,
y en todas partes lo halle
en confuso laberinto!
¡Que lucha con las pasiones,
y que horroroso conjunto! (transición)
Iba buscando un asunto
y los hallaba á millones.
Para un drama, y bien profundo,

bastaba ser temerario
y llevar al escenario
los actores de este mundo.
Copiar, copiar y no más,
bastaba sin más reforma,
que el vate solo dá forma
al fondo de los demás.

JULIAN —Pero hijo, ¿que has emprendido?

VICENTE —Conozco el tema que trato.
Agrada más el retrato
cuanto este es más parecido,
y por sarcasmo cruel
que el mundo lleva consigo,
suele aplaudir el castigo
quien más necesita de él.

JULIAN —¿Me dejarás objetar
que te equivocas acaso?

VICENTE —Quiero referirle un caso
que lo puede demostrar.
En pos de mi empresa ciego
buscando datos un día,
hasta una casa subía
de esas que llaman de juego.
Yo no sé lo que sentí,
ni la terrible impresión
que al entrar en el salón
en el alma recibí.
Un *siete* enfrente de un *as*,
mil monedas esparcidas,
cien almas embrutecidas
y tres mecheros de gas:
algun infame canalla
que pierde el pan de sus hijos,
y todos los ojos fijos
en las manos del que talla. (breve pausa y transicion)

Por seguir, dejé el local,
los pasos de un caballero
que en las manos del banquero
depositó su caudal;
el que quizás yendo solo
pensando en lo que perdió,
hasta las puertas llegó
del gran teatro de *Apolo*.
¡Acaso en el sitio aquel
iría á olvidar su pena! (transición
La obra *San Franco de Sena*
se anunciaba en el cartel.
Sufriendo mil empujones
y el uno del otro en pos,
al fin nos vimos los dos
en dos contiguos sillones,
y con profunda atención
por parte del caballero,
llegó del acto primero
la terrible situación
en que llevado quizás
de su vicio ó de su encanto,
se pone á jugar el santo
con el mismo Satanás.
¡Con qué interés escuchaba,
aquella escena tan fuerte!
¡Del santo la mala suerte,
cuanto, cuanto le alegraba!
Y cuando el diablo ganó
hasta su vista en el juego
al ver al santo ya ciego
—bien empleado—gritó. (pausa y transición)
Terminada la zarzuela
salió delante de mí
y de nuevo le seguí

hasta una hermosa plazuela
donde sin duda vivía;
subió á una casa ligero
y á poco aquel caballero
hasta la calle volvía.
Vuelta á andar y yo á seguir:
tenía empeño en saber
que es lo que pensaba hacer
y donde pensaba en ir;
y cual mi asombro sería
al ver que llegaba ciego
hasta la casa de juego
donde de nuevo perdía.
No me pudo ya quedar
duda alguna ní resquicio.
¡Criticó del santo el vicio
y se fué luego á jugar!

JULIAN —Basta ya de digresión.
Tu drama, tu desafío.

VICENTE —Voy al punto padre mio;
présteme usted su atención.
Cuando el drama concluí
cité á unos cuantos amigos,
y á otros tantos enemigos,
y mi drama les leí.
Su opinión solicité,
y al ver su igual opinión,
ví acabada mi misión
y á una empresa le llevé. (con marcado sentimiento
¡Cuanto tuve que luchar
para que fuera admitido!... (transición brusca)
Más por fin lo he conseguido
y hoy mismo se vá á estrenar.

JULIAN —Nada de esto me interesa
cual ese duelo pendiente;

ya me tienes impaciente.

VICENTE —Ayer tarde de la empresa
una carta recibí
hablandome del asunto,
y para aclarar un punto
hasta el teatro me fuí.
Allí unos cuantos señores,
si es señor el que difama,
se ocupaban de una dama,
con otra, entre bastidores.
«Yo—decía un hablador—
me caso por el dinero,
pues ni á la novia la quiero
ni me hace falta su amor.
Por su gran dote batallo
que á resucitarme viene,
después, y si á ella conviene,
que dé su amor á un lacayo.
Jamás ha entrado en mi cuenta
ese idilio celebrado.
Yo soy un noble arruinado
que pone el título en venta.»
Así dijo, y mucho más,
gracias todas celebradas
con ruidosas carcajadas
por parte de los demás.

JULIAN —¡No se comprende que un hombre
celebre así su deshonra!

VICENTE —¡Tienen el nombre por honra
y al fango arrojan su nombre! (transición)
Al fin oí preguntar:
«Ahora nos falta saber
el nombre de la mujer
con quien te vás á casar.»
—«Os contestaré enseguida

pero guardadme el secreto»
—contestó—y sin más respeto
les nombró su prometida.
Ciego ya de indignación
no me pude contener. (transición)
¡Nombraban á la mujer
que adora mi corazón!

JULIAN —Más noble el mundo creí
que ni aun lo noble respeta. (transición)
¿Y ella quien es?

VICENTE —Enriqueta...

JULIAN —¿La hija de don Justo? (interrumpiendole)

VICENTE —Si.

JULIAN —¡Ah! Dios mio!

VICENTE —¿No hice bien?
Si usted lo hubiera escuchado....

JULIAN —Le hubiera abofeteado
cual tu lo hiciste tambien.
Cuando supe el desafio
solo pensé en mi reposo,
más ahora... estoy orgulloso.....
¿no lo ves? .. Si hasta me río.
(con forzada risa, mientras limpia ocultamente sus lágrimas).
Ya no.... no pienso lo mismo....
¡Cuan egoista pensé!
Si, hijo mio, si temble
fué solo por egoismo.
¿Que ha de importarme en verdad
verme pobre, abandonado.... (transición)
Cumple tu como hombre honrado
que aun queda la caridad.

VICENTE —¡Padre!

JULIAN —Si; si en lucha incierta
he de vivir, no lo siento:
yo buscaré mi sustento

pidiendo de puerta en puerta, (con exaltación)
y si piensan en los dos
no habrá un ser tan inhumano
que le niegue al pobre anciano
una limosna por Dios.

VICENTE —¡Padre!... ¡Padre!...

JULIAN —Ahora á vencer;
la razón tu triunfo abona.
¡Dios hijo nunca abandona
al que cumple su deber!
No pienses, pues, más en mi;
da á ese noble buen ejemplo.... (transición)
Yo entre tanto voy al templo
á pedir a Dios por ti.

VICENTE —¡Padre mio! (suplicante)

JULIAN —Yo lo exijo (con autoridad)
Cumple con la sociedad.... (transición)
(¡Dios mio! ¡Dios de bondad!
no abandones á mi hijo)
(vase fondo vivamente impresionado)

ESCENA IV

VICENTE.

——

VICENTE —¡Oh! padre del alma mía!
Cuanto, cuanto sufrimiento
por mi causa, injustamente,
hiere lastima tu pecho.
¿Tu, pedir de puerta en puerta
el cuotidiano alimento?
¿Tu implorar una limosna
si yo sucumbo en el duelo?

¡Ah! no; imposible, imposible;
no, padre mio, no quiero.
Me tacharán de cobarde,
perderé mi grato ensueño,
más viviré para tí,
para ganar tu sustento. (transicion)
Más tal acción es impropia
de todo buen caballero.
Dejaré de ser honrado;
perderé quizá el derecho
de buscar con dignidad
en parte alguna, el pan nuestro,
y su nombre que es el mio
arrojaré torpe al suelo... (pausa)
Para que así me castigues,
Dios de bondad, que te he hecho?

ESCENA V

VICENTE Y MARIANO. (por el fondo)

MARIANO —Ya estoy de vuelta otra vez.
Dentro de breves momentos
llegará en un carruaje
el otro padrino nuestro,
y hasta el hotel designado
desde aquí nos marcharemos.

VICENTE —Solo me resta pedirte
un favor; si te molesto,
perdóname. tú eres solo
el amigo fiel que tengo.

MARIANO —Ni mi perdón necesitas,

ni puede serme molesto
cuánto hacer pueda, Vtcente,
de tu amistad en obsequio.

VICENTE —Gracias, Mariano

MARIANO —Adelante.

VICENTE —Por si sucumbo en el duelo,
quiero de mi voluntad
que conozcas el secreto.
A mi buen padre le entregas
en cuanto muera, este pliego. (dándole uno)
A Enriqueta, mi retrato.... (idem)
¡Dios mío! ¿Dónde la he puesto?
(registrándose los bolsillos)

MARIANO —¿Que estás buscando?

VICENTE —Una carta
que le escribí. (pausa) No la encuentro.
Yo la guardé en el bolsillo....
sí, la guardé.... lo recuerdo....

MARIANO —La habrás perdido; sin duda.

VICENTE —Si la he perdido lo siento.
Y yo no puedo escribirle
pues nos queda poco tiempo. (transición
Tú lo dirás de palabra.
Le dices que yo la quiero
con toda el alma, y que el alma
guarda siempre su recuerdo,
que me perdone mi crimen....
y que la espero en el cielo.

MARIANO —(¡Pobre muchacho! Está loco).
El rodar de un coche siento. (escuchando
Voy á ver si es el padrino;
espérame, que ya vuelvo.

ESCENA VI

VICENTE, después DOÑA ESPERANZA.

VICENTE —Yo la carta terminé
en el despacho hace poco
y después me la guardé.
¿La habré perdido? No sé.
¡Ah, Dios mío! si estoy loco.
Más si la hubiera perdido (con angustia)
se la pueden encontrar,
y mi secreto querido
pudiera ser conocido
de quien le deba ignorar. (pausa)
No quiero que su relato
le sirva á algún mentecato
para mofarse de mí.

(Vicente se dirige hácia el hotel encontrandose con doña Esperanza que trae un retrato en la mano.)

ESP. —¿Busca usted este retrato?
Me le he encontrado yo allí. (señala á la izquierda)

VICENTE —Gracias. (con indiferencia) Con gran interés
le estaba buscando ahora.

ESP. —¿Puedo saber de quien es?

VICENTE. —Es de mi madre, señora.

En toda la escena doña Esperanza hablará con marcada intención de ofender el amor propio de Vicente, y éste con profundo desprecio.)

ESP. Por lo que pude observar
fué muy guapa esta mujer.

VICENTE De esta señora, juzgar (marcando las palabras)
la belleza singular
aquí no puede, á mi ver,

pues aunque dice el refrán
que en la cara de los séres
grabadas sus almas van,
en esta copia no están
marcados sus caractéres.
El fotógrafo luchó,
quizás de gloria egoista,
y en competencia marchó
la voluntad del artista
y el arte que le inspiró,
pero tras largo luchar
del genio con la hermosura,
tuvo al fin que confesar
que solo pudo copiar
la mundana vestidura.

ESP. —¿Y al artista no bastó
con describir su belleza?

VICENTE —Sin duda así no pensó
cuando su empeño cifró
en retratar su nobleza.

ESP. —¿Era noble? (con fingida sorpresa)

VICENTE —Noble, sí.

ESP. —Ya está su lucha esplicada
y la duda que sentí.

VICENTE —Confieso á usted que creí
se hallaba más enterada.

ESP. —¿Tuvo un título afamado?

VICENTE —Ya lo creo. Fué el mayor
que en el mundo se ha alcanzado,
título, que no fué dado
ni al servil, ni por favor.

ESP. —Nunca pude ni soñarlo.
¿Y usted me hará la merced
de nombrarle?

VICENTE —¿A qué ocultarlo

si me honro con confesarlo?... (transición
Pero... ya lo sabe usted.

ESP. —¿Que yo lo sé?

VICENTE —A no dudar.
Tiene poco que pensar
el nombre de su nobleza.

ESP. —Pues confieso mi torpeza,
pero, no le puedo hallar.

VICENTE —¿Qué título puede ser
el que alcanza una mujer
que no fué noble en su cuna
y que vivió sin fortuna?

ESP. —¡No le puedo comprender!
¿Su título no heredó?

VICENTE —¿Heredarle? No en verdad;
honrada se le ganó
y al momenso se le dió
en masa la sociedad.

ESP. —Me ofusco conforme avanza.

VICENTE —Pues me admira no le cuadre
dar con él, doña Esperanza.

ESP. —Pero es en fin...

VICENTE —El que alcanza
una mujer, cuando es madre.

ESP. —(Ya comprendo tu intención)

MARIANO (desde dentro) Vamos, Vicente, que es hora.

VICENTE —(No palpites corazón.
Adios, adios, mi ilusión) (por Enriqueta)
A los piés de usted señora. (váse fondo)

ESCENA VII.

Doña Esperanza

——

Esp. —Me has querido zaherir;
tu intención la he visto clara
que un insulto fué tu frase
y un insulto tu mirada.
¿Y así infeliz insultaste
a quien tu plan secundaba?
¡Ah! pues bien; recojo al punto
por ese insulto indignada,
el guante que osado y torpe
me has arrojado á la cara.
¿Quieres guerra? La tendrás.
Lo juro á fé de Esperanza
Hoy mismo sabrá mi esposo
quien le robó en esta casa
el corazón de su hija
y el dinero de su caja. (pausa)
Todo el odio que Enriqueta
supo inspirar á mi alma
me hizo secundar tus planes
para labrar su desgracia. (transicion)
Más hoy..... ¡ah! no, que tu presa
te la disputa Esperanza
y una mujer puede mucho
cuando reina en una casa.

ESCENA VIII

DOÑA ESPERANZA Y DON JUSTO

——

(izquierda primer término)

ESP. —Llegas, Justo, muy á tiempo
pues á buscarte marchaba.
JUSTO —Tengo un asunto pendiente
de muchísima importancia
y ahora no puedo escucharte.
ESP. —Algo tienes. ¿Qué te pasa? (deteniéndole)
JUSTO —He descubierto un desfalco (con misterio)
hace un momento en la caja
y voy siguiendo la pista.
Déjame pues, Esperanza.
ESP. —Yo te daré pormenores
por que estoy bien enterada.
JUSTO —¿Lo sabes tu? (sorprendido)
ESP. —Lo sé todo.
JUSTO —Ya estoy impaciente; acaba.
ESP. —Hace cuatro ó cinco días,
estando yo en mi ventana,
observé que había un hombre
oculto en esa enrramada. (señalando á la izquierda)
y en su cara conocí
que nada bueno intentaba.
Cerré al punto la vidriera,
me oculté tras la persiana,
y pude observar al poco
que llegaba hasta la caja,
desde el jardín escalando
el piso por la ventana.

Pasado un corto momento
de nuevo al jardín saltaba
y el ratero con su robo
emprendió ligera marcha,
llevándose mil pesetas.....

JUSTO —Esa cantidad me falta. (con sorpresa)

ESP. —Que le siguiera los pasos
mandé á tu ayuda de cámara
para saber donde iba
y la suma que llevaba.

JUSTO —¿Y cómo hasta hoy, no me has dicho
de este asunto una palabra?

ESP. —Pretendí con mi silencio
pruebas tener de su infamia.

JUSTO —¿El nombre de ese ladrón?

ESP. —Don Vicente Alonso.

JUSTO —Basta.
No me queda duda alguna
de que estás equivocada.

ESP. —¿Quieres pruebas de su crimen?
yo te las daré, harto claras.

JUSTO —¿Pero es posible, Dios mio
que á tal extremo llegara,
que pudiera cometer
conmigo tan ruín infamia?

ESP. —Hasta casa de un joyero
se marchó desde la caja,
donde un collar adquirió
de rubíes y esmeraldas
que á una actriz que en el teatro
goza de envidiable fama,
poco despues de adquirida,
en su cuarto le entregaba.

JUSTO —¿Le hace el amor, por ventura?

ESP. —Me consta que no le ama.

JUSTO —Entonces, que pretendía?
ESP. —Pues nada más que halagarla,
por que en el mismo teatro
tenía Vicente, un drama.
JUSTO —¿Un drama?
ESP. —Sí; con el cual
lograr fortuna lograba
con que poder conseguir
sus doradas esperanzas.
JUSTO —¿Sabes bien lo que te dices?
ESP. —Repito me hallo enterada. (marcando las palabras)
y como al fin lo consiga
con Enriqueta se casa.
JUSTO —¿Con Enriqueta? ¡Dios mio!
no le creí tan canalla.
ESP. —Ella misma le ha alentado
pues con locura le ama.
JUSTO —¡Ah! prometo que ha de ser
bien ejemplar mi venganza.
ESP. —(¡Ahora veremos quien triunfa
en la lucha comenzada.)
JUSTO —¡Pagar así mis favores!
Sigueme al punto Esperanza.
ESP. —¿Donde vas?
JUSTO —A confundir
un vil ladrón y una ingrata.

(Vánse por la izquierda primer término y Enriqueta viene por el segundo con una carta en la mano)

ESCENA IX

ENRIQUETA.

ENRIQ. —Tarde llego por fin; ya se ha alejado.
Quizás en este instante su existencia

por vengar el ultraje recibido
sacrifica su honor en la contienda.
Quizás en este instante, de su vida
el último momento ya se acerca
y sus labios bendicen con cariño
la mujer que al morir honrado venga.
Y yo no puedo estar junto á su lado
que ignoro donde fué. Si lo supiera,
no lo dudes, ¡ah! no, descendería
á las mismas entrañas de la tierra.
Ni el mundo con sus dudas, sus ultrajes,
sus vicios, sus calumnias, sus miserias,
podrían conseguir que en mi camino,
un paso, uno no más, retrocediera,
que pesa mucho más, mi amor sincero,
que el fango que salpica con sus lenguas.
¡Ah! ¡Dios mio! ¿Porqué su amante carta,
que sin duda perdió, quisiste fuera
á caer en mis manos, cuando solo
puede ya demostrarme mi impotencia?
Yo debiera correr hasta su lado,
evitar ese duelo que me aterra,
resguardar con mi pecho el suyo noble,
defender con mi vida su existencia.
Su vida por su amor está en peligro,
su vida por mi honor valiente arriesga
y nada puedo hacer; soy impotente... (transición)
¡Ah! no, que la oración al cielo llega. (postrándose
Dios de bondad infinita;
tu el que tienes por palacio
la inmensidad del espacio
do surca el rayo veloz;
tu el que puedes convertir
á la nada lo existente
que permanece obediente

al mandato de tu voz,
Tu el padre más cariñoso,
el más justo y el más bueno,
el que de bondades lleno
es fuente eterna de amor;
el que á sus hijos adora
sin ambición mercenaria,
oye la tierna plegaria
que te eleva mi dolor.
Yo amo con ciega locura,
con afan nunca sentido,
á quien honrado ha sabido
distinguir el bien del mal;
á quien siguió el derrotero
que el destino marca al hombre,
sacando limpio su nombre
del inmundo lodazal.
Yo amo si; y el hombre honrado
que mi cariño merece,
quien me encanta y enloquece,
quien esclaviza mi ser,
viendo mi nombre en peligro
por una injuria vertida,
á entregar quizás su vida
vá en alas de su deber.
Más si su vida perdiera
en el sangriento combate,
una entraña que aquí late
pierde su vida también;
que sólo con la esperanza
de su amor y mi ventura
forma ciega mi locura
la existencia de un eden.
Yo pido, pues, por su vida:
si, Dios mío, que no muera

mi fé grande cual sincera
lo implora de tu bondad,
y si al fin no me concedes
lo que tanto, tanto ansío,
yo respetaré, Dios mío,
sumisa tu voluntad.

EXCENA X.

ENRIQUETA, DOÑA ESPERANZA, DON JUSTO. (por la izquierda)

JUSTO —(Hela aquí. Ahora verás) (ap. á Doña Esperanza)
ESP. —(Calma sobre todo, Justo; (id. á D. Justo
que no advierta tu disgusto
conviene mucho quizás,
pues si llegará advertir
que tu lo debes saber
astuta como mujer
puede el lance prevenir.)
JUSTO —Enriqueta.
ESP. —¿Estás llorándo?
JUSTO —Que te sucede.
ENRIQ. —¿A mí? nada.
JUSTO —¿Que hacías arrodillada?
ENRIQ. —¿Estaba, papá, rezando
ESP. —¿En el jardin? ¡Que locura!
ENRIQ. —Le estaba pidiendo á Dios,
su protección para dos
que viven en desventura.
ESP. —¿Tus oraciones compartes
entre su casa y la tuya?
ENRIQ. —Permita usted que le arguya
que Dios está en todas partes,
y que por esta razón

por donde voy le contemplo
y donde estoy hallo un templo.
adecuado á la oración.

JUSTO —Enriqueta, no te asombres
de mi modo de pensar.
Mucho Dios, nos puede dar
pero dan tambien los hombres;
y por si dá en no aceder
á lo que tu le has pedido,
dí si tu padre querido.
te lo puede conceder.

ENRIQ. —No blasfemes, padre mío,
no castigue tu osadía.
Lo que yo á Dios le pedía,
lo que ciega, loca, ansío,
tu no lo puedes lograr
que es tu fortuna, impotente.

JUSTO. —¿Pedías para Vicente?

ENRIQ. —No te lo debo negar.

JUSTO —¿Y pedías protección
para ese infame malvado?

ENRIQ. —Infame no, que es honrado

ESP. —Llamas honrado á un ladrón.

ENRIQ. —¡Padre mío! (suplicante)

JUSTO —Basta ya.
Yo le diré á ese bandido
que si el dote ha perseguido
para él tu dote no está.

ENRIQ. —Eso no... (con indignación)

ESP. —¿Y aun le defiendes?
¿Aun replicas altanera?

DON JUSTO —Solo la carcel le espera,
solo la carcel ¿lo entiendes?

ENRIQ. —¡Papá! ¡papa! por piedad;
solo mi desdicha labras.

ESP. —Hija mía, esas palabras
no las merece en verdad.
JUSTO —Todo acabó entre los dós;
mi voluntad se respeta.
ENRIQ. —No siendo de él Enriqueta
solo puede ser de Dios.
JUSTO —¡Oh! (amenazador) Vamos, vamos de aquí
por que matarla no quiero.
¿Tu esposa de un bandolero
si insistes pobre de tí.
ENRIQ. —Padre mío, compasión.
ESP. —(Ya triunfé por esta vez.)
JUSTO —Voy á conseguir del juez
que decrete su prisión. (vase izquierda)
ESP. —(El guante torpe arrojó
y no merece disculpa.
El solo tiene la culpa
que la lucha provocó.) (vase izquierda)

ESCENA XI.

ENRIQUETA despues VICENTE, JULIAN y MARIANO.

———

ENRIQ. —¡Oh! triste fatalidad;
mi Vicente, el hombre honrado,
por mi padre calumniado.
¡Piedad, Dios mio, piedad!
Comprendo con que razón
ya presajiaba el ultraje... (escuchando)
Aquí paró un carruaje...
No palpites corazón.

Mi sino nada respeta
y una desgracia preveo.
¡Dios de justicia! ¡Que veo!
¡Vicente mio! (corriendo á su encuentro)

(Vicente apoyado en Julian y Mariano viene mortalmente herido)

VICENTE —Enriqueta.
JULIAN —Hijo mio, calma, calma; (sentándole en un banco)
y usted, Enriqueta; los dos...
VICENTE —Puedo al fin decir adios
al encanto de mi alma.
MARIANO —(Aquí se muere estoy cierto)
ENRIQ. —¡Sangre! ¡sangre de tu pecho!
VICENTE —Estoy mi bien satisfecho
por que el Vizconde ya ha muerto.
ENRIQ. —¡Vicente!
VICENTE —Lo puedo estar,
que á mis pies le ví tendido.
Ya la lenga ha enmudecido
que te pudo calumniar.
ENRIQ. —¡Los dos, Dios mio, los dos!
VICENTE —Fué la justicia del cielo,
que nunca como en mi duelo
se vió la mano de Dios.
El calumnió y le maté...
Lo tenía merecido.
Yo Enriqueta vengo herido,
que otro delito purgué.
JULIAN —Ya diste tu despedida
ya se cumplió tu deseo,
hijo del alma, ahora creo
que atendamos á tu vida.
VICENTE —Un momento, uno no más
ENRIQ. —Quiero tenerle á mi lado.
JULIAN —Ya tu deseo has logrado
y estamos aquí demás.

VICENTE —Un momento más por mí.
MARIANO —(Se necesita querer
como quiere á esta mujer
para venir hasta aquí.)
JULIAN —¡Vicente! (suplicante)
—Por compasión,
quiero que antes de marchar
me pueda de aquí llevar.....
ENRIQ. —Qué deseas? (con ansiedad)
VICENTE —Tu perdón.

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos, DOÑA ESPERANZA Y DON JUSTO.

——

(Al aparecer Don Justo y Doña Esperanza por la izquierda, quedan todos en suspenso viéndoles llegar con impasibilidad)

JUSTO —Una casa cual está tan honrada
no es sitio que merezca deshonrarse
por el hombre que tiene justo puesto
en el frío recinto de una cárcel.
VICENTE —¡Ah! don Justo; perdón.
JULIAN —Ved que se muere.
VICENTE —No soy digno de mí; fuí un miserable.....
más hay de mi delito, de mi crímen,
desvanezco la mancha con mi sangre.
JUSTO —Lejos, lejos de aquí.
ESP —Cuanta osadía. (por Vicente)
VICENTE —Perdonadme, don Justo, perdonadme.
MARIANO —¡Ah! señor se lo ruega un moribundo.
JUSTO —No puedo perdonar su acción infame.
VICENTE —Vuestro perdón y moriré tranquilo.

JUSTO —Y que mueras ó no. ¿puede importarme?
(con desprecio)

ENRIQ. —Yo papá te lo pido de rodillas;
por tu amor, por el mio, por mi madre.

JUSTO —No invoques ese nombre harto sagrado.
Lejos, lejos de aquí; vamos, llevadle
(á Julian y Mariano)

VICENTE —¡Ah! don Justo, robé si así lo quiere,
y al contacto fatal de sus caudales,
mis manos se quemaron y entre tanto
una mancha cayó en esta sangre.
Vos la podeis lavar. ¡Que muera honrado
quíen honrado nació! (con creciente augustia)

JUSTO —Calla cobarde.

VICENTE —Mi drama y sus productos, padre mío,
sean cual sean al momento dadle.

JUSTO —Nada quiero de tí por que tus manos
solo pueden manchar cuanto tocasen.

JULIAN —Respetad su agonía; mi hijo muere,
y tiene usted la culpa, miserable.

JUSTO —Esto más. (dando un bofetón á Julian)

TODOS ¡Oh!

VICENTE —¡Dios mio! Aparta, aparta.

(Vicente al ver castigar á su padre hace un violento esfuerzo, se incorpora para lanzarse sobre D. Justo, y Julian y Mariano procuran detenerle)

JULIAN —¡Hijo!

ENRIQ. —¡Vicente!

VICENTE —No; pegó á mi padre.

MARIANO —Vicente, por favor, tu sangre brota;
rompiste con tu esfuerzo tu bendaje.

VICENTE —Fuerzas, fuerzas, ¡Dios mio! si no puedo.
(con desesperación)
Quiero, quiero vengar su acción infame.

JUSTO —Dejad que se me acerque ese bandido

VICENTE —Ya me siento morir... y sin vengarle.

JULIAN —Tu padre le perdona; no, hijo mío.
VICENTE —Castigar solo anhelo el torpe ultraje.
Un momento de vida... un medio... un medio..
(transición) El lo dijo... (con alegría)
JULIAN —¡Vicente!
VICENTE —Hace un instante.
Esta sangre que brota está manchada...
dejará donde caiga el sello infame
de un ladròn.
JULIAN —¡Hijo mio!
—Ya hallé el medio.
Pues que mi sangre mancha, con mi sangre.
(En un esfuerzo supremo Vicente adelanta un paso y salpica la cara de don Justo con la sangre que brota de su herida y cae muerto.)
TODOS —¡Oh! (con horror)
JULIAN —¡Hijo del alma!
(arrodillándose sobre el cadáver que abraza)
ENRIQ. —¡Mi Vicente muerto! (desmayándose)
ESP. —Justo, Justo, ¿que es esto? (horrorizada)
JULIAN —Es... escuchadme.
Una mujer que yace sin sentido; (por Enriqueta)
Una conciencia que al traidor abate; (por Justo)
Otra mujer que queda en este mundo (por Esp.)
para purgar sus míseras ruindades;
un anciano que llora sin consuelo,
dos ofensas vengadas, y un cadáver.

FIN DEL DRAMA

NOTA: El primer verso de la página 18 dice: *¿Que expresan sus acentos?* Debe leerse: *¿Que expresarán sus acentos?*

9

PUNTOS DE VENTA

EN ARANJUEZ

En casa del autor: Almíbar, 5.

EN MADRID

En la casa editorial *Biblioteca lírico-dramática y Teatro cómico* de los Sres. Arregui y Aruej, cuyos señores y sus representantes en provincias son los únicos encargados de autorizar la representación y de cobrar los derechos de la misma.

EN PROVINCIAS

En casa de los señores corresponsales de la Administración.